CONSUMIMOS NUESTRO CAPITAL NATURAL

Actualmente comenzamos un año 2013 complicado desde el punto de vista de la economía, no sólo en lo que respecta a las personas, sino también para las cuentas públicas. Pero con esta forma de conducirnos estamos agotando indebidamente nuestro capital natural, despilfarrando su potencialidad futura.

Michel H. Thibaud
Director de
Argentina Ambiental

Aunque no se lo reconozca debidamente en los ámbitos públicos dependemos casi exclusivamente del cultivo de la soja, planta de origen oriental que tuvo un auge insospechado en el mundo ·y por cierto en nuestro país· a partir del momento en que fue combinada con el agroquímico glifosato, a través de procesos transgénicos.

Es tanta la dependencia económica a la que nos sometemos con este ·yuyito· ·como lo bautizó la Presidente de la Argentina· que no estamos midiendo los riesgos de vulnerabilidad sanitaria y ambiental a los cuales quedamos expuestos. Depender casi exclusivamente de un vegetal nos coloca, como país, en una situación que denota improvisación o ignorancia ya que no hemos realizado las evaluaciones necesarias, posiblemente obnubilados por los supuestos beneficios actuales.

Pero no nos equivoquemos, la mal llamada sojización no es una causa que hay que combatir, sino la consecuencia de políticas económicas erradas. La respuesta de miles de productores es adecuada a las señales volcadas por un gobierno que no mide las consecuencias futuras. Si no se modifican las causas que llevaron al desarrollo descontrolado de este monocultivo, será imposible volver a la variabilidad de la producción agropecuaria anterior, la cual era una de las más sustentables del mundo por los procesos de rotación que se practicaban. Dificultar la rentabilidad de otros cultivos alternativos llevará sólo a incrementar la superficie del ·yuyo·.

Monte nativo de Santiago del Estero, cercado por un mar de soja, transformándolo en una isla inconexa.

Mucho más si el proceso lleva a desmontar irracionalmente grandes superficies de bosques nativos en zonas de altísima vulnerabilidad hídrica.

Por cierto que no hay beneficio actual que pueda compensar una degradación de nuestros suelos a futuro. El avance de la frontera agrícola sobre los bosques nativos, sin las adecuadas previsiones ambientales, sólo contribuye a deterirorar aún más nuestros recursos renovables dejando a las generaciones futuras sin posibilidades de alimentarse adecuadamente.

Pero esta forma de actuar conlleva una responsabilidad aún mayor si los fondos recaudados son utilizados en procesos políticos que nada tienen que ver con el desarrollo económico, el progreso de las personas y sobre todo la erradicación de la pobreza. Repartir susbsidios a indigentes no para asegurarles una mejor calidad de vida, sino para profundizar una dependencia esclavizante, configura una vulneración injustificada a la ética y la moral de quienes toman las decisiones.

En definitiva debemos comprender de una vez por todas que podemos estar talando nuestros bosques, agotando nuestros suelos, consumiendo el agua dulce, mientras que las cuentas públicas pueden seguir marcando índices de crecimiento. No nos damos cuenta que nos estamos consumiendo el capital, en vez de vivir de los intereses.